



## Sandra Lorenzano, *Fuga en mí menor*

(Ciudad de México, Tusquets editores, 2012,  
137 pp. ISBN 978-607-421-350-8)

por Ana María González Luna C.

Una novela que no solamente se lee, *Fuga en mí menor* se escucha, se mira, se saborea, se huele, se toca, se siente. Sandra Lorenzano, a través de la escritura, mezcla fina y hábilmente la música con la fotografía, el pasado con el presente, la Italia del fascismo con la Argentina de la dictadura, la Historia con la historia. Una operación artística bien lograda en la que en la escritura misma se combinan géneros literarios distintos, el monólogo va de la mano de la epístola, el diálogo se intercala en el relato que alterna el uso de la tercera persona con la de un yo narrador que se pone en juego y desvela los mecanismos de una escritura que da espacio a la voz más allá de la palabra.

En la fuga musical se encierra la fuga de Leo, el protagonista, un exilio interior insertado en el marco del exilio que lo llevó, en brazos de su madre, de Florencia a Buenos Aires. El título mismo, al acentuar la tercera nota de la escala musical la transforma en pronombre personal, funde la fuga musical con la fuga interior del protagonista. Una fuga que inicia en el sur de los sures, en una playa helada, con las notas de una canción de cuna – *Fra Martino* – que en sus tonos menores se transforman en una marcha fúnebre – tercer movimiento de la sinfonía n. 1 en re



menor de Gustav Mahler –, notas que marcan dramáticamente el nacimiento y la muerte, principio y fin del ciclo de la vida.

El punto de partida de la novela es una fotografía tomada en los años cuarenta en Toscana, en donde aparece una mujer sonriente acompañada por una sombra. Desvelar, dar forma a esa sombra, metáfora de la búsqueda interminable y obsesiva del padre como búsqueda de la propia identidad, es el motor de la historia envuelta en un manto de misterio.

La imagen de esa sombra acompaña desde su infancia al protagonista, músico – pianista y compositor –, quien a través del largo proceso de la construcción lenta y silenciosa de un chelo logrará recuperar esa imagen paterna que le permitirá finalmente vivir el luto de su orfandad. Será el Lutier Bauer, húngaro exiliado, quien lo acompañe en este largo camino mientras le enseña pacientemente a construir ese simbólico instrumento musical y se convierte en su interlocutor privilegiado.

La construcción del chelo es el único presente de la narración a partir del cual se van desgranando los recuerdos fragmentados y fragmentarios con los cuales se escribe un relato que poco a poco va cobrando un significado. Es el misterio de la memoria que se vuelve obsesiva y en la que se confunden los recuerdos propios y ajenos, recuerdos de imágenes (e imágenes construidas con los recuerdos), de voces que acercan y abrazan; del tacto sobre la suavidad de un pasamanos de terciopelo evocado por la suavidad de la madera de un instrumento musical; de silencios; de olores de perfumes que llevan a tierras lejanas, perdidas; del sabor del buen vino, del tabaco o del café hecho en la cafetera italiana; de temores de abandono; del sonido de una nota musical. Leo se va apropiando de los recuerdos de su madre, de la memoria cercana de Bruna, entrañable amiga de su madre con quien compartió el exilio, lazo que une los recuerdos florentinos con los bonarenses; de los relatos del período de la guerra y la lucha de resistencia florentina de Mario y Enzo, los amigos de su padre. Hace suyos esos recuerdos y al final no logra distinguirlos. Los necesita para construir la figura de un padre que desapareció de su vida cuando tenía tan solo dos años, con ellos se va tejiendo finamente una genealogía familiar que da sentido e identidad.

En esa genealogía aparecen las raíces judías y la figura del nonno Carlo – “otro de los héroes que poblaban la infancia de Leo” – “confinado” al sur de Italia como tantos judíos antes del 1943; los orígenes del chelo que tocaba su padre. Historias heredadas por las generaciones sucesivas que continúan el ciclo de separaciones y exilios, la experiencia de una distancia que roba la cotidianidad sin romper los lazos profundos. Así, Julio, otro eslabón más de la cadena familiar, abandona Buenos Aires y se va a vivir a Barcelona desde donde comunica con su padre en el lenguaje de la fotografía, heredado de su abuela y que Leo, a su vez, había aprendido a descifrar al lado de su madre Nina. Un lenguaje que es vínculo generacional significativo; de la misma manera que la música vincula a Leo con Giulio, su padre.

El viaje interior empuja continuamente a Leo a buscar fuera, en su país natal, las huellas paternas. El viaje literario realizado en la continua lectura de Pavese, parece



revelar más que un viaje a Toscana donde no encuentra “nada” y confirma su profundo sentimiento de exclusión, de exilio.

La autora se centra en la creación literaria de emociones y sensaciones, elementos narrativos con los que alcanza un elevado nivel de sensualidad, de íntima emotividad. Sin descuidar por ello el contexto histórico-social en el que coloca a su personaje, memoria colectiva que une los totalitarismos de Europa y América: el nazismo y las muertes de la Segunda Guerra Mundial con la violencia, los desaparecidos y las muertes de la dictadura argentina.

Así, la música y la fotografía dialogan con el paso del tiempo, con la muerte, con la memoria, en un juego de sonidos y silencios, de luces y sombras que encuentran expresión en la escritura de Lorenzano. Son a la vez metáfora de la escritura misma, juego creativo que implica soledad y exige silencio, del que surge y al cual vuelve, antes de poder pronunciar la palabra que nombre e ilumine las sombras.

En medio de estos distintos lenguajes de expresión, el mutismo parece marcar dos momentos dramáticos en la vida de Leo: la separación del padre y el exilio le quitan la palabra en la tierna infancia; la muerte de la madre bloquea la expresión expresión musical del adulto. Un vértigo agudo cae como maldición sobre el oído del músico, metáfora de la desorientación y el desequilibrio que provoca la muerte y que llevan a la parálisis. No encuentra palabras ni notas musicales que puedan expresar tanto dolor.

Si la música jugó el papel sanador que sacó del mutismo al niño regalándole un nuevo lenguaje, la creación de un instrumento musical, como el que tocaba su padre, permitirá al hombre adulto celebrar el necesario rito fúnebre que termine con el silencio y la soledad. Momento que abre el horizonte y cierra la novela.

---

**Ana María González Luna C.**

Università degli Studi di Milano - Bicocca

[anamaria.gonzalez@unimib.it](mailto:anamaria.gonzalez@unimib.it)